Charlotte, la actriz que se enamoró del viudo de su donante de corazón

Por: MARÍA PAULINA ORTIZ | 8:24 p.m. |22 de Febrero del 2013

Periódico el tiempo



## Es portadora del VIH y cuenta su historia en un libro que acaba de publicar.

Entró a una cafetería y pidió un postre de limón. Se lo comió rápido, todo, con gusto. ¿Por qué? ¿Por qué había pedido precisamente eso si ella no soportaba el sabor del limón?

La noche anterior había tenido una pesadilla. Había muerto y estaba metida en el ataúd. Sus familiares la rodeaban, pero no estaban tristes. Al contrario, se reían. En el sueño, oyó a una presentadora de un noticiero decir: "La actriz Charlotte Valandrey falleció esta mañana en París a causa de un infarto. Se dio a conocer entre el gran público a los 16 años con la película 'Rouge Baiser', por la que recibió el premio a mejor interpretación en el Festival de Berlín. Era madre de una niña".

Alguien había muerto, en el sueño. Pero ¿era ella? Acabó el postre y pidió una copa de vino tinto (otro gusto nuevo en su repertorio) y caminó sin ganas hacia la cita con su psicóloga. Le habló de su pesadilla. "Es normal que la gente sueñe con la muerte. Más tú, Charlotte", le dijo.

Más ella, claro. Ella, que había tenido la muerte cerca desde los 17 años, cuando supo que era portadora del virus del sida. En ese momento, Charlotte Valandrey (Anne-Charlotte Pascal, su nombre verdadero) era una promesa del cine francés. Un nuevo rostro que iba hacia la fama. Sin embargo, poco a poco, esa esperanza desapareció. Charlotte empezó a verse enferma, demacrada; no volvió a recibir ofertas para interpretar papeles. Comenzaron los chismes entre la gente. Algo le pasaba, pero nadie sabía qué.

En medio de estas habladurías, Charlotte se sometía a un montón de medicamentos diarios -para mantener el virus a raya- que le producían efectos secundarios tremendos. Su corazón empezó a resentirse. Tuvo un infarto. Luego, otro. No había más remedio, le dijeron los cardiólogos: necesitaba un trasplante.

Una noche del 2003, a los 35 años cumplidos, en el Hospital Saint-Paul de París, Valandrey recibió un nuevo corazón. A partir de ese momento sintió que su vida cambiaba. Mucho más que cuando le dijeron que era seropositiva.

\* \* \* \*

Cada tres meses debía hacerse una biopsia para extraer un pequeñísimo fragmento del corazón trasplantado y verificar que no hubiera comenzado un rechazo. Cada tres meses, la angustia de una posible noticia. El miedo a la verdad. La espera, porque debía ser la última en pasar al procedimiento por seguridad de los otros pacientes.

-¿No está el doctor Rioux? -preguntó un día Charlotte.
La asustó saber que el médico de siempre, que la atendía desde su trasplante, se había ido del hospital. Esta vez, la biopsia la haría otro: El doctor Leroux.

Lo vio y sintió un flechazo. (Ella aún creía en el amor a primera vista.) Leroux era un hombre de unos 40 años, alto, sonrisa bonita, pero Charlotte pasó por todo eso muy rápido: solo quería mirar si en su mano izquierda había o no una argolla. Alcanzó a doblarse para buscarla. No había argolla.

Durante el examen, al médico se le escapó una información reservada: le contó a Charlotte que no solo el trasplante, sino la extracción, se había hecho en ese hospital.

-¿Disculpe?
-Nada.
-Claro que sí, usted ha dicho "extracción". ¿La extracción del órgano que me trasplantaron tuvo lugar aquí?

El médico guardó silencio. Pero ya era tarde. Charlotte se llenó de preguntas sobre quién había sido el dueño o la dueña del corazón que ahora tenía. Le estaban pasando cosas extrañas -sueños, gustos recién aparecidos, recuerdos de sitios que ella no conocía- y pensaba que podían tener que ver con el trasplante. Llamó a la secretaria del hospital (que de tanto verla era casi amiga) y le pidió datos sobre su donante que, por supuesto, le negó. "Sabes que todo eso es totalmente anónimo, Charlotte", le dijo.

La actriz (¿o exactriz?, porque para entonces pasaba sus días sin trabajo y viendo cómo sus ahorros desaparecían) no sabía qué camino tomar. Dividía su tiempo entre visitar la iglesia para rezarle a la Virgen Milagrosa, pasar por consultorios de videntes en busca de indagar su destino, y volver a la consulta con su psicóloga.

El flechazo que había sentido con Leroux tuvo efecto y mantuvo con él una relación que duró solo unos cuantos meses. Triunfó el miedo por un posible contagio. "Un médico combate el VIH, no se casa con él", pensó Charlotte.Ella lo sabía. Se acostumbró a no hacer planes a largo plazo. Su salud no le ha permitido pensar en eso de "para toda la vida".

\* \* \* \*

Un día no soportó cargar más con su silencio y escribió un libro sobre su historia para gritársela al mundo de una buena vez. Publicó 'L'amour dans le sang', la novela de su vida, como le gusta llamarla.

En ella contó que era portadora del virus del sida, había tenido dos infartos y se había sometido a un trasplante de corazón. Sí señores, dijo, esa era la razón de su apariencia, ese era el motivo por el que no había sido la estrella de la pantalla y de haberse tenido que conformar con trabajar en el doblaje de voces de actrices famosas (como Jennifer Aniston) para las cintas francesas.

A partir de la publicación de 'L'amour dans le sang', en el 2005 (cuatro años después publicó un segundo libro), Charlotte volvió a estar en el foco. Fue portada de revistas e invitada a entrevistas en televisión. Se convirtió en una voz importante en defensa de la donación de órganos. Además empezó a recibir miles de cartas en las que sus admiradores le brindaban su solidaridad. Con toda paciencia, abría cada una de las cartas y las respondía con una postal.

A pesar de haberse librado del silencio, las pesadillas no desaparecían. Ahora, en sus sueños, Charlotte no estaba en el ataúd, sino en medio de un accidente de tránsito en el que parecía morir. Ella iba en un carro, pero no era el suyo; tenía puesto un anillo, que no era el que usaba. En el asiento de atrás veía a un recién nacido con los ojos cerrados.

Charlotte debía usar una mezcla de tranquilizantes para relajarse en las noches. Durante la promoción de su libro no pudo más y terminó por irse de vacaciones. Viajó a la India, un lugar que siempre había querido visitar. Pero cuando estaba en Nueva Delhi sintió que recorría sus calles como si las conociera. Se asustó.

No tardó en preguntarse si lo que estaba viviendo se debía a lo que se conoce como memoria celular, que tiene que ver con un fenómeno extraño que puede presentarse en quienes han recibido órganos. Estas personas experimentan cambios en su personalidad que, según esa teoría, se deben a alguna clase de memoria transmitida por el órgano recibido. Eso sentía Charlotte. Que vivía con "un corazón desconocido", y de su mente no desaparecía la pregunta: de quién era su corazón.

\* \* \* \*

Al llegar de la India, probó con un nuevo vidente que tan pronto la vio le preguntó si estaba embarazada. "¿Yo? Imposible", le respondió. Charlotte tuvo una niña en el 2000, que nació sin rastros del virus en su cuerpo. Un milagro que no piensa pedirlo otra vez. Raro, siguió diciéndole el vidente. Sentía otro ser dentro de ella. Al despedirse, le aconsejó que mirara en detalle las cartas que le llegaban porque en una de ellas alguien intentaba decirle algo muy importante.

Charlotte pasó horas enteras revisando carta por carta hasta que la encontró: "Conozco el corazón que late dentro de usted. Yo lo amaba...", decía con bonita letra y agregaba que sabía que era imposible ponerse en contacto con ella.

Charlotte no se quedó quieta. Se dedicó a buscar qué había pasado en París la noche de su trasplante: había sucedido un accidente automovilístico con una persona muerta, una mujer. No supo su nombre.

El éxito de su libro fue tal que un director decidió llevarlo al teatro y Valandrey misma se interpretaría. Volver a escena la emocionó. La obra se estrenó y, cada noche, sin falta, la actriz recibió un ramo de violetas enviado por un espectador. Cinco, seis, siete ramitos, hasta que ella le pidió a su asistente que le señalara a su admirador dentro del público. Charlotte lo vio y lo invitó al camerino. Su nombre era Yann, un arquitecto de 35 años con quien poco después comenzó una relación.

-Ten cuidado, bonita -le advirtió una amiga: Yann es romántico, magnífico, divorciado, con buena posición. Tu chico es una fantasía. Quizá haya un hueso en alguna parte.
-No. No hay huesos, carne. Solo felicidad.

Eso pensaba Charlotte. Un año de romance. De felicidad. A Charlotte le parecía increíble la coincidencia entre ambos. Hasta que llegó la sorpresa. Una mañana, sola, en casa de Yann, vio un mueble que estaba cerrado con llave. No pudo evitarlo: buscó cómo abrirlo y se encontró con decenas de papeles. Entre ellos, un certificado de defunción del hospital Saint-Paul.

Era de una mujer, Virginie Briend, la esposa de Yann. Había muerto en un accidente de tránsito (el mismo día en que a Charlotte le habían realizado el trasplante) y estaba embarazada.

Charlotte salió de allí dando tumbos. Se había enamorado del viudo de su donante. Y él decía que la amaba pero era solo porque llevaba el corazón de su esposa, pensó. Yann quiso explicarle todo. Ella le pidió tiempo. Desde entonces dejó de tener pesadillas.

MARÍA PAULINA ORTIZ
Redacción EL TIEMPO